

Frente libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
2 de enero
de 1937

Número 47

editado por el comité de defensa - región centro

Otra vez el asunto Yagüe

LA EXTRAÑA INSISTENCIA DEL PARTIDO COMUNISTA

Todos hemos tenido la desgracia de que un incidente infortunado, al mismo tiempo que ponía en peligro la vida del camarada comunista Pablo Yagüe haya estado a punto de romper las relaciones de cordialidad que se mantienen entre los más diversos elementos antifascistas.

Aquel incidente, al que la mala intención de los provocadores controlados ha querido dar apariencia de atentado contra un camarada revolucionario, conocido es por todos nuestros lectores, que también lo lamentan sinceramente, y, por fortuna, no sólo ha quedado liquidado de un modo justo y satisfactorio por el Tribunal Popular, sino que, además, podemos felicitarnos de que no haya tenido trágicas consecuencias para el camarada Yagüe, cuyo estado de salud sigue mejorando de día en día.

Si en todo el campo antifascista hubiera la misma voluntad de concordia que sienten quienes luchan juntos en el frente, si todos cuantos se encuentran en las filas revolucionarias obrasen bajo la influencia del deseo aliancista que nos dictan estos renglones, no habría necesidad de hablar de aquel lamentable suceso, como no fuese para decir que el mismo ha de contribuir a reafirmar la unión de todos los antifascistas dignos.

Pero el Partido Comunista, que nació en España de una escisión producida al grito hipócrita de «Frente único», sigue siendo fiel a su historia. Ahora, en estos momentos de peligro para todos, cuando más necesaria nos es la mutua confianza, trata de sembrar el recelo y la discordia entre la C. N. T. y la U. G. T. Al mismo tiempo que presume de defender la unidad revolucionaria quiere aprovechar el asunto de Yagüe para enfrentar a unos trabajadores con otros, y tal empeño pone en su intento, que cualquiera diría que lamenta que la mejoría experimentada por el camarada herido no le permita dar un tono más patético a su bajuna campaña de insidias e hipocresías.

En el manifiesto que recientemente ha publicado, él, que presume de disciplinado, se enfrenta con el fallo del Tribunal, y al mismo tiempo que alardea de defensor de los trabajadores, insulta vilmente a los obreros que han sido procesados y absueltos precisamente porque cumplieron con su deber, sin extralimitarse, aunque su irreprochable conducta, complicada con otra, ha tenido las consecuencias que lamentamos.

Comprendemos que el deseo del Partido Comunista es entablar un diálogo violento con nosotros, y, claro, no estamos dispuestos a satisfacerle, precisamente porque no somos partidarios de cultivar la discordia entre los trabajadores. Sólo diremos, para aviso de todos, para que nadie se deje sorprender por la mala fe de los elementos provocadores, que quienes desean la unidad antifascista no hablan, y menos de un modo insidioso, de los incidentes que pueden ponerla en peligro. Nosotros, los confederados, a pesar de que han sido asesinados recientemente en Madrid cinco compañeros nuestros, no echamos al vuelo las campanas del escándalo. El Partido Comunista, a pesar de que Yagüe ha sido herido sin que nadie tuviese el propósito de asesinarlo, sigue mintiendo acerca de ese suceso, como si en vez de lamentarlo quisiera explotar la sangre de ese camarada para los más bajos propósitos políticos.

La opinión verdaderamente antifascista, con toda imparcialidad, nos juzgará a unos y a otros. Hoy nos dirigimos a la misma para advertirle que lo que el Partido Comunista quiere conseguir con su campaña es evitar la próxima unión entre la C. N. T. y la U. G. T., que dará al traste con todos los partidos políticos y asegurará la Revolución española, la cual sólo puede consistir en lograr que la miserable política de antaño sea sustituida por la administración directa de toda la vida nacional por los trabajadores, debidamente organizados en sus Sindicatos de producción. Con su campaña repugnante, el Partido Comunista no hace más que decirnos dónde le aprieta el zapato.

Por la unidad del proletariado

Después de la tempestad viene la calma

Hemos pasado unos días amargos, que nos produce dolor el recordarlos.

La clase trabajadora española ha tenido que lamentar hechos de sangre derramada por trabajadores y originada por incidentes entre trabajadores. Ya parece que las heridas producidas en el corazón del proletariado están rastañadas. Podemos, pues, reanudar la tarea de una labor sensata hacia la unificación del proletariado.

La unidad del proletariado es una necesidad que no se debe dejar sin satisfacer. Oponerse a esa unidad, traficando con los resortes de una de las dos Centrales sindicales, U. G. T. y Confederación Nacional del Trabajo, es un crimen social de gran envergadura, que debe quedar expuesto a la vindicta pública. Nosotros entendemos que el mejor medio de llegar a una era de concordia entre la clase trabajadora es realizando la unidad entre todos los obreros que se hallen organizados en los Sindicatos de la C. N. T. y U. G. T. Hecha esta unidad, se impone la exclusión de la cosa pública de los partidos políticos de todas las tendencias, aunque éstos sean obreristas.

En los partidos obreros se incrustan, como en todas las organizaciones políticas, elementos profesionales de la política, cuya única finalidad es su medro personal. En las organizaciones obreras sólo los productores, de verdad tienen cabida.

No hay duda para la elección. Estamos en un periodo de hechos prácticos. Lo práctico se impone, porque lo irreal cuesta ya demasiada sangre y exceso de sacrificios estériles a la clase trabajadora.

En las organizaciones obreras no cabe el señoritismo. Sería una contradicción funesta, que no puede tener virtualidad. En cambio, en los partidos políticos cabe la vagancia y el snobismo. El ídolo se crea a través de la Prensa creada para tales fines. No se puede consentir que a estas alturas, cuando el proletariado encuadrado en la U. G. T. y en la C. N. T. se halle en las trincheras defendiendo su libertad y la libertad de sus hijos, esa gran cantidad de personajes y personajes que se han dedicado exclusivamente a crear una idolatría, sirvan de instrumento divisor entre el proletariado. Ellos son las causas fundamentales de las discordias, afortunadamente transitorias, que de cuando en cuando abren brechas dolorosas entre los proletarios. Pero estamos convencidos que el día que las dos grandes Centrales sindicales que el proletariado español tiene organizadas en España lleguen a un acuerdo definitivo, la paz y la cordialidad han de renacer para no borrarse jamás.

Pero mientras, los hechos se vienen produciendo en detrimento de la clase trabajadora. La C. N. T. tiene planteada la unidad de ambas Sindicales desde su Congreso extraordinario nacional de Zaragoza, celebrado el mes de mayo último. A la U. G. T. se le dirigió una proposición concreta. Y la U. G. T. sigue sin resolver sobre tan importantísimo asunto. No nos extraña esa demora. La demora no parte del proletariado encuadrado en esa Central obrera hermana. Sabemos que el proletariado la desea vivamente. Lo prueba el hecho de que en casi todos los pueblos de España los trabajadores han llevado a cabo la unidad entre los Sindicatos afectos a las dos Organizaciones obreras. Y si en alguno de los pueblos españoles han

surgido dificultades que hayan podido enturbiar la buena armonía entre los trabajadores, las causas han tenido su base fuera de las organizaciones obreras, sus fomentadores han sido los personajes y personajillos que se dedican a medrar a costa de la política.

No se debe tolerar por más tiempo que esta situación perdure. La clase obrera debe llevar a cabo su unidad con

un abrazo de fraternidad entre todos los productores. Sin hacer caso de malos consejeros, que nada tienen de obreros.

Con la unidad proletaria llevada al grado máximo, la clase obrera hallará el medio, es decir, el instrumento práctico que ha de dar estructura a la nueva sociedad naciente, que deberá ser regida y administrada por los trabajadores por medio de sus Sindicatos.

POR DISCIPLINA

Los Tribunales Populares y su eficacia

La actuación que están llevando a cabo los Tribunales populares creados por la voluntad expresa de todas las organizaciones antifascistas, es digna de estudio.

No hemos de censurar para nada ninguno de sus actos realizados hasta hoy, y confiamos que no han de dar lugar a que en días sucesivos estos Tribunales desvíen su recta trayectoria. Pero como no han faltado sectores de la opinión pública que se han permitido enfrentar su opinión con los fallos o ciertos fallos de los Tribunales populares, nos dan derecho con ello a utilizar una crítica de examen que nos sitúe en el lugar que corresponde con arreglo a nuestro modo de entender las cosas en este orden de ideas.

Los Tribunales populares se crearon por una necesidad imperiosa de depurar la retaguardia de elementos nocivos. A cada delincuente se le debe aplicar una sanción adecuada a la calidad del delincuente y la importancia del delito. En los Tribunales populares figuran representaciones de todas las organizaciones antifascistas. No impera en ellos ningún sector predominante. Todos por igual tienen su representación calificada. Si acaso hubiera alguna superioridad numérica que tal vez no responda a la realidad de las fuerzas representadas, esta superioridad numérica la tienen las dos tendencias marxistas. En ciertos Tribunales, donde las representaciones sólo han correspondido a la U. G. T. y la C. N. T., también la representación proporcional les atribuye, creemos que injustamente, mayor parte representativa a la U. G. T.

Sin embargo, a pesar de esta diferencia numérica de fuerzas representativas, nosotros hemos entendido siempre que, si los representantes de cualquier organización se predisponen a llevar a cabo una actuación exenta de partidismo y con toda imparcialidad, la justicia que ha de administrarse en estos órganos ha de ser forzosamente sana. Hemos sido los primeros que, prescindiendo de sectarismos, y sacrificando principios ideológicos, hemos acatado todas las resoluciones y fallos de los Tribunales populares. De nuestra parte no salió nunca la nota discordante. Si lo hicimos así fué porque entendimos que era un deber de disciplina revolucionaria. No un deber de disciplina cuartelera, no se confundida. Y la disciplina revolucionaria, podrá cometer errores, pero por ser revolucionaria ha de tener siempre un margen de libertad para corregirlos.

Es un deber que se debe imponer toda organización que sienta de verdad el movimiento antifascista. La clase obrera, sobre todo, la que pertenece incluso a organizaciones políticas, que sienta de verdad el ideal que ha abrazado, debe velar porque sus órganos y sus instrumentos políticos no se desvíen ni cometan imprudencias, que menosprecien la labor que llevan a cabo los Tribunales populares. Porque hasta hoy no han faltado elementos políticos que, con un tono de exigencia intolerable, han colocado en muy mal lugar a los Tribunales populares, en los que ellos también tienen su representación.

Es un deber de todos acatar los fallos de la justicia popular, hasta que la situación nos haya permitido trastocar nuevamente los instrumentos de justicia.



—Ahora suelta éso y vete, que ya te ajustaremos las cuentas después.

Que nadie olvide que no puede hablarse en nombre de la unidad del proletariado si no se "predica" con el ejemplo

Política internacional

Rusia reacciona vigorosamente ante el pasteleo anglo-francés

Estábamos un poco desesperanzados por la actitud silenciosa en que se había situado la U. R. S. S. Ha sido el país que más resueltamente había adoptado una posición de defensa de los derechos internacionales del Gobierno de la República española. Méjico, tal vez debido a la distancia que nos separa, sólo ha enviado sus mensajes de adhesión al pueblo español y alguna ayuda que hemos agradecido y agradeceremos sinceramente. Pero todo ello transcurría en lapsos de tiempo. La continuidad de una actuación francamente defensora de nuestros derechos en el área internacional, sólo Rusia la había emprendido. Y a raíz de unas presiones, que tuvieron su iniciación en Ginebra, en aquellas famosas sesiones en que Alvarez del Vayo pronunciara bellas piezas oratorias en favor de nuestra causa, y, su colofón en Londres, en el seno del Comité de «no intervención», degenerando en una fórmula más, que es la de «amigos fuera de España», Rusia tuvo que emplear una pausa, que hacer un alto en el camino y dejar hacer a esos componedores de la mala causa.

Pero hoy Rusia reaccionó vigorosamente. Emplazada a contestar a una nueva proposición por el famoso Comité de Londres, que pasa el tiempo estudiando fórmulas que den largas al asunto para no resolverlo nunca, en espera de que el fascismo triunfe en España, Rusia contesta varonilmente, con un gesto de dignidad, con un texto claro y conciso, que no deja lugar a dudas. El lenguaje del Gobierno ruso es el lenguaje que se emplea cuando existe interés marcado en trabajar por una causa. Como es claro el lenguaje de silencio que emplean Alemania, Italia y Portugal, que, sin decir nada, envían armas, municiones y hombres a los facciosos españoles.

Sobre la base de la actuación franca que el Gobierno ruso inicia con respecto a España, y auxiliados por la nobleza y energía desplegadas por el Gobierno yanqui al enviar armas a España mediante la declaración de no reconocer más poder legítimo en España que el del Gobierno de la República española, nuestro Gobierno tiene un amplio horizonte para desarrollar sus actividades en pro de la causa que el pueblo defiende con tanto tesón con las armas en las manos.

No sabemos qué actitud adoptará nuestro Gobierno con respecto a la hipocresía francobritánica. Hemos sostenido desde estas columnas que con estos dos países nada tenemos que perder, aunque nuestro Gobierno se indisponga con ellos. La integridad territorial de España no nos la defienden ellos. El aprovisionamiento de nuestro pueblo no lo facilitan ellos tampoco. Lo único que queda es verles venir en ayuda material del fascismo. ¿Qué más nos da a nosotros que estos países ayuden, ellos, con sus propios recursos, a los facciosos españoles o que den lugar a que otros países les ayuden, regulándoles la marcha de las operaciones entre los mares y a través de nuestras propias aguas? Poca es la diferencia. En cambio, una actitud enérgica y serena, una actitud de nuestro Gobierno que coloque a Francia e Inglaterra en una situación apretada, haría saltar sin duda la tapa del pudridero de la política hipócrita de esos países y sus trabajadores serían sin duda los que deliberadamente vendrían en nuestra ayuda.

Rusia no quiere que Alemania e Italia sigan enviando hombres «voluntarios» a España. Inglaterra y Francia dicen que tampoco lo quieren. Pero hay una diferencia notable entre lo que quiere Rusia y lo que quieren Francia e Inglaterra. Y es que Rusia quiere impedir de verdad que Alemania e Italia envíen hombres a España, mientras que Francia e Inglaterra sólo quieren que los dos países fascistas dejen de enviar hombres «voluntarios» de pega, por su propia voluntad, sin más garantía que la firma de un pacto. Como nosotros sabemos, como lo sabe Francia, que Alemania es capaz de pisotear todos los pactos, y si no, ahí está el de Versalles y el de Locarno, y hasta el de Stresa, que Alemania ha pisoteado cuando le ha venido en gana, consideramos que la verdadera prueba de amistad a la causa de nuestro derecho la da Rusia y que Inglaterra y Francia siguen al juego nefasto de las buenas palabras y de los malos hechos.

Crónicas de retaguardia

He aquí una ciudad acogedora

(De nuestro enviado especial en Valencia)

¡No empujéis, compañeros de FRENTE LIBERTARIO, no empujéis! Tened en cuenta que me hallo en Valencia, en lo mejor de la retaguardia, y que aquí no es posible trabajar como se trabaja a dos kilómetros del frente. No hace más que cuatro días que he llegado a las costas de Levante, y ya andáis amenazándome con la destitución porque no os he enviado ninguna crónica. ¡Buenos seríais vosotros para soportar a los periodistas que, a los dos meses de haber llegado a la ciudad del Turia, aun no han escrito un solo artículo! ¡Por favor! Imaginaos la influencia que ha de ejercer en uno la retaguardia, y disculpad mi gandulería.

Mi aventura de Cuenca quedó completamente liquidada. No sé qué será de Lola. «En cada puerto, un amor.» Lo que sí he sabido es que los oficiales del Hotel Iberia, que no se han atrevido a desmentir ninguna de mis afirmaciones acerca de ellos, han estado a punto de abofetear a un corresponsal de guerra, suponiendo que era él quien os informaba. Desde aquí les digo que ahora tienen ocasión de redimirse: ha empezado el ataque en el frente de Teruel, y es allí donde deben defender sus estrellas quienes ascendieron dos o tres veces sin hacer otra cosa que jugar y beber al amor de una estufa.

Pero lo pasado atrás se queda. Ahora tengo que hablaros de Valencia, que es la ciudad más acogedora del mundo entero, así como Madrid es la más hosca y despectiva. En el Puente de Vallecas, los compañeros del control tienen un duro gesto de despedida sin afecto, seca y orgullosa; parece que se abren paso diciendo: «¡A mamar!» Por el contrario, en Valencia la gente te recibe con los brazos abiertos, y en cada pregunta que te hacen los amigos que allí encuentras, crees percibir un eco alegre de esta intencionada interrogación: «¡Ah!... Pero, ¿tú también?»...

He visto aquí muchos camaradas que vivían en Madrid antes. Tantos son los que me han tendido su mano con la mayor afabilidad, que estoy asombrado del número de mis amistades. Quiénes no me hablaban ayer, me hacen zalemas hoy y se me muestran extraordinariamente comunicativos. Todos me explican cuál es la orden o la misión especial que les ha traído a Valencia. Quiéras o no quieras, te lo hacen saber, como si necesitasen justificar su presencia en la ciudad del «Miquelet», y asimismo manifiestan su deseo de compartir «la lucha heroica de Madrid», hablando de la cual ponen una cara semejante a la que tiene el yerno en el estierro de la suegra...

El primer día de estancia aquí, me llené de preocupaciones. Metido en la plaza de Castelar, no podía moverme, porque en cada metro de espacio me encontraba un conocido. ¡Bueno, «conocido»!... A muchos de los que me saludaban no les conocía, y como fueron tantos los que me tendieron su mano amistosamente, llegué a tener la impresión de que Valencia era un inmenso manicomio, en el que los locos, después de armar una espantosa zalgarda, andaban buscando al presunto culpable de la misma. Cuando alguien me saludaba creía oír yo un alegre «¡Aquí está!» que me metía el frío en los huesos.

Pero no hay cuidado. En Valencia reina la efusividad y la euforia. La gente está satisfecha de vivir y tiene la psicología derrochadora y locuaz del náufrago recién salvado de las olas. Estos compañeros te invitan a café, a cerveza, a coñac. Parece que, para ellos, el ombligo del mundo es el círculo marmóreo del velador de un café. Junto a él, se sienten capaces de todo; sin su presencia, están perdidos. Durante el primer día no me dejaron salir de la calle de Pi y Margall; llevado por éste o por el otro, tomé el vermut en Casa Balanzá, y el café en el Martí; merendé en la lechería Lauria; cené en no sé qué otro sitio, y, en fin, sin salir de

aquel camino de Calvario, recorrí más estaciones que Jesucristo en las lomas de Jerusalén.

Me parece, queridos compañeros de vanguardia, que me habéis perdido para siempre. No podré salir de aquí. Los amigos que tienen cargos oficiales, y también algunos que no desempeñan más que los de nuestra Organización, dicen que me necesitan para realizar tareas importantes, de las cuales depende nuestro triunfo contra el fascismo, y añaden, con cara mustia, reveladora de fatiga, que ellos, si les niego mi colaboración, tendrán que abandonar sus trabajos, tan ineludibles como abrumadores. Claro que el hecho de que me digan esto mientras pasamos las horas en el café, me «escama» un poco, así como también me extraña que los mismos que ayer me llamaban idiota me crean hoy apto para todo. Pero también es cierto que a veces, aunque no soy vanidoso, empiezo a creer que le es indispensable a la Revolución mi estancia en Valencia, y entonces estoy dispuesto a sacrificarme. En otras ocasiones, manifiesto deseos de irme, pero se enfadan conmigo estos compañeros, que se oponen a mi partida con tanto entusiasmo como los lerrouxistas procuraban complicarse unos a otros en cualquier estufa a la nación...

En fin; me parece que estoy perdido. Si puedo, os enviaré alguna crónica más. Mientras tanto, os suplico que no deis el escándalo de reclamar por ardió el automóvil que saqué de Madrid...

Del 9 largo

Si uno a uno se le preguntara a todos los verdaderos trabajadores si desearían unirse sinceramente, la respuesta sería un bosque de manos afectuosas.

En la verdadera unión proletaria no caben rencillas, ni susceptibilidades, sino compenetración en conseguir el fin común.

La Organización confederal expresa hace mucho tiempo ya lo que ella consideraba necesidad de unidad de los trabajadores. Nadie puede decir que nosotros hayamos escurrido el bullo cuando de unificar se ha tratado.

Cuando nos hartemos de oír hablar de los incontrolados, y nos parece que va a ser pronto, hablaremos nosotros de los controlados. Y entonces vamos a ver quiénes son los que dan carnets y órdenes a los asesinos y a los lacrones del proletariado.

Sin mala intención VARIAS PREGUNTAS INGENUAS

¿No os parece que es interesante conocer la mala conducta de algunos elementos controlados que utilizan un carnet para dedicarse con toda tranquilidad al bandillaje?

¿No es cierto que determinado sujeto ha dicho, en un mitin celebrado en el pueblo de Talar de Talamanca, de Guadalajara, que quien no pertenezca a la U. G. T. o al Partido Comunista es un faccioso?

¿No es verdad que ese mismo individuo ha recorrido varios pueblos de la provincia de Guadalajara, donde ha llegado a requisar hasta las mulas que tenían los trabajadores pobres y revolucionarios para labrar las tierras que le han arrebatado a la explotación burguesa rural?

¿Y quién puede negarnos que el autor de las «hazañas» que aquí relatamos someramente se llama José Martínez y es capitán del 5.º Regimiento, en cuyo nombre expolia intolerablemente a los campesinos?

Revolución Social

El derecho a expresar el pensamiento

En todas las épocas, los que tuvieron las riendas del Poder restringieron este derecho a conveniencia de los privilegiados. La Historia registra gran cantidad de conflictos entre la religión y la ciencia por tratar de impedir que las verdades que rijen el unirverso no fuesen esparcidas entre el pueblo. Por deducir en sus estudios Gordiano Bruno que la tierra era redonda, por establecer Copérnico el sistema que lleva su nombre, por demostrar Galileo que la tierra se movía, fueron condenados a ser quemados vivos, porque estas verdades contradecían a las mentiras de la sagrada escritura.

Por impedir la expresión de todas las mentiras que la religión encierra, millares y millares tildados de herejes fueron sometidos a los más horrosos y crueles tormentos.

Los sagrados doctores no tuvieron otro remedio que rendirse a esta evidencia; pero la iglesia, teniendo motivo más que suficiente con estas demostraciones de la falsedad que representa para haber desaparecido en la contienda, ha sido la eterna adaptada con los poderes que han surgido en la Historia; no ha tenido inconveniente de reformar sus preceptos de la manera que mejor sirviese al poder constituido, con tal de que ella participase de los beneficios.

Por estos hechos históricos no tuvo más remedio que perder la misión de reprimir la expresión del pensamiento, que pasó a ser facultad del Estado, logrando reservarse en su contubernio la enseñanza, para seguir llenando de falsedades las inteligencias infantiles como conviniera a las conveniencias de los poderosos.

Si la iglesia fué bárbara y cruel reprimiendo el derecho a expresar el pensamiento, el Estado lo es igualmente, con la agravante de que su aparición en la Historia la debe a la pretensión de ser la garantía de este derecho.

Innumerables pensadores, periodistas y obreros luchadores que han demostrado la injusticia del régimen capitalista y han demostrado cómo la iglesia se confabulaba con el nuevo poder, han padecido ultrajes constantes, persecución y tormento sin fin, años de prisión y destierro, cadenas perpetuas y penas de muerte. Penas, la mayoría de las veces injustas, no con arreglo a las leyes naturales, sino con arreglo al cumplimiento de esas leyes por los mismos que las legislaron. Si resulta monstruoso que las leyes que nos rigen se apliquen injustamente arreglando procesos crueles, cumpliéndolas según la categoría del ciudadano, resulta más infernal (valga la frase) que anticipándose al delito, caso que lo hubiere, impida la expresión del pensamiento. Nada más cruel ni más injusto puede darse en la vida de los pueblos.

Los poderosos saben que el castigo que establecen sus leyes no es suficiente para evitar que los hombres, llenos de pasión por la verdad y la justicia, dejen de proclamarla al pueblo, y, haciendo un abuso de su poder, reducen sus bocas a la mínima expresión, para que la verdad no resplandezca.

Lo interesante para ellos es que el pueblo no llegue a compenetrarse con la verdad, para que siga en su ignorancia y ellos disfrutando comodidades. Lo interesante es continuar con la censura, para que no se diga más que lo que a ellos les conviene. En estos momentos, establecer la censura para los informes y comentarios de la guerra nos parece conveniente para la causa antifascista; pero hacerla extensiva hasta en los enjuiciamientos en los problemas constructivos de la Revolución y su interpretación ideológica, es continuar con los mismos males que todo el pueblo unido está combatiendo.

No puede beneficiar a la verdad y la justicia presentar los hechos y las ideas como conviene a cada tendencia, tratando de evitar que la aludida exponga los hechos como ocurrieron, esclareciendo la verdad. No puede beneficiar la causa del pueblo que se obligue a pensar y expresarse a conveniencias del privilegio y el Gobierno.

De la misma manera que la iglesia no evitó que se haya llegado a comprender sus falsedades, el Estado tampoco podrá evitar que el pueblo comprenda que la causa antifascista comprenda que la causa de sus miserias es el privilegio que garantiza el mismo Estado.

LA CIUDAD ENCANTADA

Para los conqueses no será un título muy halagüeño el que les brindó Luis Esteso, y sí por el contrario les agrada mucho más el conocido con el del título de este artículo. Viviendo en ésta parece ser que, efectivamente, se vive como le hizo Don Quijote, o sea bajo la impresión de fantasmas que maceran la imaginación fantástica del que vive sugestionado.

Cumpliendo con un deber, salgo a la calle y me encuentro ante la perspectiva de antropomorfos que marchan bajo gestos comunes, repitiendo una tras otra vez idénticos movimientos, dirigidos por un ente que estúpidamente da unos berridos que se asemejan a «un, dos, tres, aro», haciéndome volver a mi hogar.

Quedo vacilando y no sé si volver a salir, pero la obligación me llama, y aunque no es nada grato volver a ver lo que tuve que soportar en épocas que se llamaban de dictadura, retorno a la calle y me toca pasar por los establecimientos públicos, los cuales veo abarrotados de gentes jóvenes que sonríen, con esa sonrisa propia del adúlador que se somete enfáticamente cuando lo hacen dirigiéndose a un superior o soberbia cuando va dirigida a un inferior. Parece ser que se ve aquella cohorte de palaciegos que han de ganar su rango a través de la rastroería y de la adulación.

Es algo que no se puede soportar, es algo que hace pensar a mi mente si al vivir en la Ciudad Encantada habré sido yo también objeto de encantamiento, y me hacen retornar más que a paso a mi hogar.

Como no deja de gustarme la música, se me ocurre poner la radio, y cuál no sería mi sorpresa cuando ella me repite la misma musiquilla que acabo de oír en la calle; continúo escuchando, y a ella le suceden otras músicas a quien todos damos en llamar himnos fascistas: me fijo bien, y constato que quien está transmitiendo es radio Sevilla.

La fiebre me embarga y me hace que tenga que tomar el lecho. En los efluvios de mi fiebre recuerdo la cantidad de parias maltratados por el hambre, el frío y la miseria. A la cantidad de compañeros mal vestidos, mal alimentados y mal dotados de armamento que viven en los frentes y en contraste sin igual con estas gentes, que, bien cebadas, bien vestidas y bien dotadas, sólo sirven para hacer desfiles por las calles o para exhibirse en los establecimientos formando unos cuadros idénticos a los ya deshechos de los facciosos en un momento de fervor revolucionario por el pueblo trabajador.

Breve síntesis de la jornada de ayer

Esperábamos que la entrada del año nuevo despertaría a los combatientes y que el enemigo nos jugaría alguna «broma» de las suyas. Así sucedió en el sector de la Ciudad Universitaria, donde precisamente a las doce de la noche del 31 inició un ataque con gran lujo de elementos. Como es natural, nuestros hombres, como siempre, les dieron su merecido. Y también el humor de los artilleros rayó a gran altura. Nuestras baterías dispararon los doce cañonazos de otras tantas horas, mandándole a Franco las vias del fracaso. Un grupo de dinamiteros confederales trabajó con soltura y causó algunas bajas al enemigo.

El día de ayer se distinguió por el duelo de artillería, que no tuvo, como de costumbre, consecuencias para nosotros. Poca actividad se observó en los frentes en toda la jornada, salvo los tiroteos de siempre.